

DON VENTURA DE LA VEGA

EL CANTO DE LA ESPOSA

Ven á tu huerto, Amado;
Que el árbol con su fruto te convida,
Y el céfiro callado
Espera tu venida:
Tú al céfiro y al huerto das la vida.
La aurora nacarada
Desdeña esquiva la purpúrea rosa,
A la tierra inclinada:
La abeja silenciosa
Ni en torno gira, ni en la flor se posa.
Ni á su consorte halaga
El ruiseñor, sin tí, cantando amores;
Ni mariposa vaga
Entre las gayas flores,
Desplegando sus alas de colores.
Ven á tu huerto, Esposo;
Ven á gustar las sazoadas pomas,
En mi seno amoroso;
Ven, que si tú no asomas,
Sin tí mi seno es huerto sin aromas.

— 73 —

Ven, que por ese prado
El sol ardiente tus mejillas tuesta;
Aquí el roble copado
Blanda sombra nos presta,
Y en mi regazo pasarás la siesta.
Yo duermo en mi morada;
Mas del Esposo, el corazón velando,
Espera la llegada.
Ya oí su acento blando;
El esposo á mi puerta está llamando.

EL ESPOSO

Abre, Esposa querida;
No te detengas, no, consuelo mío;
Abreme por tu vida;
Que yerto estoy de frío,
Mis cabellos cubiertos de rocío.

LA ESPOSA

¡Ay! que el desnudo pecho
Temo al aire sacar, Esposo amado,
De mi caliente lecho!
¡Ay! que el pie delicado
Temo llegar al pavimento helado!
Sus dedos el Esposo
Entró por los resquicios de la puerta;
Á su tacto amoroso
Mi corazón despierta,
Y toda tiemblo avergonzada, incierta.
Alcéme presurosa

Para abrir al esposo que esperaba,
Y mirra muy preciosa
Mi mano destilaba,
Que corrió por los gonces de la aldaba.
Mas el Esposo amado
No me esperaba, ¡ay triste! y era ido
Celoso y despechado!
Mi acento dolorido
Llámalo, y no responde á mi gemido!
Los guardas me encontraron
Que la ciudad custodian, y me hirieron,
Y el manto me quitaron;
Como sola me vieron,
Y ramerilla pobre me creyeron.
Doncellas de Judea,
Si por dicha encontráis mi fugitivo,
Decidle que no sea
Con su adorada esquivo,
Que ya morada y lecho le apercibo.
¿Conocéis por ventura,
Castas doncellas, á mi Esposo ausente?
Gallarda es su figura
Como el cedro eminente,
Y bruñido marfil su tersa frente.
Conoceréis quien sea,
Si al verle os encendéis en fuego vivo.
Doncellas de Judea,
Traedme al fugitivo;
Que amor y Esposa y lecho le apercibo.

ORILLAS DEL PUSA

¡Qué calor!... sudando llego,
Por la empinada montaña
Resbalando,
A este valle que en sosiego
Tu corriente ¡Oh, Pusa! baña
Susurrando.
Déjame un rato olvidar
En tus orillas mis penas,
Y el sediento
Labio en tus ondas mojar,
Y en tus húmedas arenas
Dame asiento.
Tu raudal, de ese elevado
Monte al Tajo, en raudo giro
Se derrumba,
Tan humilde que sentado
Desde aquí su cuna miro
Y su tumba.
No importa que al Tajo ufano
Tu breve curso no iguale;
Corre ledo;
Y que nunca el cortesano
En la carta te señale
Con el dedo.
Feliz quien encuentra un llano
Donde los cerros evite
De la vida;
Y allí del mundo lejano

Tu breve carrera imite
Y escondida.
Ese Tajo caudaloso
En cuyo profundo seno
Vas á morir,
Ya con puente ponderoso
Su terso raudal sereno
Siente oprimir.
Ya la artificiosa presa
Su rápido curso estorba;
Ya descende
Ruin batel que se empavesa,
Y su cristal con la corva
Quilla hiende.
Su destino es envidiar,
O de tu curso süave
La paz suma,
O el alto poder del mar
Que puede tragar la nave
Que lo abruma.
¡Pobre Pusa!... si insolente
Por esos tendidos llanos
Te lanzaras,
En tu cristal inocente
¡Cuántos siervos y tiranos
Retrataras!
De aquel trance malhadado
De las armas españolas
Fué testigo
Guadalete ensangrentado,
Y abrió tumba entre sus olas
A Rodrigo.

Berecina el lauro honroso
Que cuatro lustros tejieron
Hondo tragó,
Y el poder de aquel coloso,
Que los hombres no vencieron,
Alli se hundió!
Pusa humilde, manso río,
Tu dichoso apartamiento
Le procura
Contra el ardor del estio
Al peregrino sediento
Agua pura;
Y al pastor que á tu campiña
Desde ese monte descende,
Y al rebaño,
Que á tus márgenes se apiña,
Y al can que el redil defiende
Fresco baño;
Y hoy á mi cuerpo cansado,
Contra el sol que ardiente pica
Blando solaz.
¡Pusa! ¡Adiós!... corre ignorado,
Y los quintos de Malpica
Fecunda en paz.

A MIS AMIGOS

No muera, amigos, en el pecho helado
Tímido el fuego creador del genio:
Llega el momento en que la lira el libre
Cántico suene.

Ese que os hizo de abundante vena
Rico presente la deidad del Pindó,
No es vuestro solo; de la patria es feudo:
Ella lo pide.

Ay! de la patria!... preguntar os oigo:
«Do está la patria?... al corazón no llega
»Del que contento en la cadena vive
»Himno sonoro.

»Francia que el trono de ignominia, alzado
»De Waterlóo sobre los muertos héroes,
»Fiero padrón de servidumbre indigna
»Rompe y sepulta;

»Francia en buen hora renacer la dulce
»Lira contemple en que cantaba Horacio
»Rotos al bote de romana lanza
»Partos y Medos.

»Goce al cantor de las *Mesenias*, goce,
»Oh noble *Alfonso*, tu gigante númen;
»Pindaros tenga la que tiene tantos
»Héroes cual hijos.

»¡Ay! de nosotros!—Sobre todos cruje
»Látigo alzado déspota altanero,
»Y hunde en el polvo y con la planta huella
»Liras y leyes!»

Sí; mas la Musa que inspiró el robusto
Són que la trompa eternizó de Herrera,
Cuando Lepanto enrojeció con turca
Sangre sus olas;

Y la que tierna suspiró en Rioja,
La que del *Tormes* encantó las aguas,
Todas llorosas os demandan nuevas
Aras y culto.

Jóvenes, dicen, á la dulce sombra
De ese laurel que vuestra frente anhela,
Santa amistad y poesia junten
Vates hermanos.

Harto las iras de belleza ingrata
Supo ablandar enamorado canto,
Y vuestra lira enguirnaldó de rosas
Alma ciprina.

Otros acentos las Pimpléas aman,
Cuando despunta suspirada aurora;
Pruebe á lanzar el inflamado plectro
Ronca tirtéida.

Véis? ya Pirene de sus cumbres lanza
Hijos de Iberia que á salvarla vienen.
Véis? ya el tirano en su caduco trono
Pálido tiembla!

Caros alumnos! á la nueva patria,
Ya desligada de servil coyunda,
Himnos de gloria y libertad la corva
Cítara ensaye.

Á DON MARIANO ROCA DE TOGORES

MARQUÉS DE MOLINS

En la muerte de su esposa.

Hay en la vida lágrimas, Mariano,
Que la amistad contempla silenciosa,
Porque enjugarlas intentara en vano.

Al que las llora en la reciente losa
De un sepulcro do en flor arrebatada
La dulce prenda de su amor reposa,

No con usados pésames le agrada
Ver en el llanto que á sus solas vierte
La majestad de su dolor turbada.

Pues quién, mi caro amigo, de otra suerte
Antes que yo consuelos te ofreciera?—
Si heridas que feroz abre la muerte

Mano mortal cicatrizar pudiera,
Cuál para tí, cuál otra que la mía
Más diligente y cariñosa fuera?—

Contigo me crié: contigo un día
En las aulas bebí de *San Mateo*
El fuego de la hermosa poesía.

Aún me parece que vagar te veo
Con precoz gravedad, cuando sonaban
Las suspiradas horas de *recreo*,

Mientras otros, astutos se burlaban
Del *ayo inexorable*, y bulliciosos
Por el talado *jardinillo* andaban.

Allí vimos brotar los generosos
Alientos de cien jóvenes, que ahora
Son en ciencia y valor nombres gloriosos.

Allí rayar en su brillante aurora
De *Espronceda*, ¡oh dolor! el genio ardiente
Que el soplo de la muerte heló á deshora.

Allí *León* el ánimo valiente
Apercibía á la inmortal jornada
Que vió de Huesca la asombrada gente.

Allí *Pezuela* en lira delicada
Probó la diestra que empuñar debía
La épica trompa y la fulmínea espada.

Allí *Ochoa* de ciencia y poesía
Apurando el raudal con noble empeño,

Labraba su futura nombradía.

Allí en tono, ora grave, ora risueño,
Rico de inspiración sonaba el canto
De *Felipe*, el satírico limeño.

Allí otros mill!...—Oh! fugitivo encanto!
Oh, sonrisa primera de la vida!
¡Recuerdo de placer, que arranca llanto!

—Y qué, Mariano, la ilusión perdida
De la edad infantil, en noche oscura
Nos dejó acaso el alma sumergida?

No hay ya un rayo de luz serena y pura?
Es este mundo una región de duelo,
De desesperación y de amargura?

No, no es verdad!—Del nebuloso cielo,
Del negro septentrion esa herejía
Vino en *traje francés* á nuestro suelo.

Todos pecamos!—Yo también un día,
Gimiendo á drede, por seguir la usanza,
Vime arrastrado en la común manía,

A esa *espelunca* do á leer se alcanza
Sobre la puerta con azufre escrito:
«*Ay! ¡dejad, los que entráis, toda esperanza!*»

Allí en verso trotón, y á voz en grito
Lloraba su *vejez anticipada*

Un melenudo imberbe mancebito.

Otro de la *romántica* pleyada,
Que tres lustros de edad mostraba apenas
Al blando arrullo de niñez mimada,

Lloraba desengaños á docenas
De esta *imperfecta* sociedad que al hombre
Ata al nacer con grillos y cadenas.

Y porque más su desventura asombre,
Quejábbase también de estar *minado*

De una secreta enfermedad *sin nombre!*
Era un vivir aquél desesperado!
Solo se oía en recia tarabilla:
¡Maldición!! por un lado y otro lado.

Por fin de aquella fiera pesadilla
Conseguí despertar con trasudores
Á las voces de *Lista* y *Hermosilla*.

Y al contemplar de nuevo los albores
Del sol, que en torno á mi la densa bruma
Disipaba con vivos resplandores,

Dije: ¡Gracias á Dios!—Pues ni me abruma
La sociedad, ni anillo con veneno
Llevo, ni tengo mal que me consuma;

Ni he sido de fortuna tan ajeno
Que un fiel amigo, una mujer constante
No hallase alguna vez; yo no soy bueno

Para tanto gemir.—Extravagante
Empeño es sepultarse de por vida
En el infierno bárbaro del *Dante*,

Y no vagar, con alma embebecida
En trinos de aves y en olor de rosas,
Por los jardines mágicos de *Armida!*

Mis ojos otra vez á las hermosas
Regiones se alzan del sereno polo
A buscar sus deidades fabulosas;

Que yo la lira del crinado Apolo,
Que invoqué tantas veces, al rüido
De las doradas ondas del *Pactolo*,

No he de trocar por el feroz graznido
Del repugnante pájaro que viene
Del hedor de las tumbas atraído;

Y prefiero las aguas de *Hipocrene*
Á esas lagunas cenagosas, donde

Blanca fantasma su morada tiene,
Y al que pide favor sólo responde
Con un ósculo hediondo y un acero
Que entre los pliegues de su manto esconde.

Ácese *Byron* de su númen fiero
En las alas flamígeras, y escoja
Á su espíritu audaz nuevo sendero.

Timido el mío á tanto no se arroja,
Y me conduce por la usada huella
Que en dulce resplandor bañó *Rioja*.

¿Tan escasa de luz brilló la estrella
De las clásicas musas? Si el auxilio
Invocaba *Boscan* de Erato bella,

¿No deleitaba en pastoril idilio?
¿Tan mal la trompa de *Caliope* suena
En los cantos de *Homero* y de *Virgilio?*

Y tú, Mariano, que en la amarga pena
Á que el humano esfuerzo no resiste,
Derramas de tus ojos larga vena;

Si algún consuelo á tu dolor existe,
Sólo en las musas le hallarás acaso:
Sí, que también para el que llora triste

Tiene lágrimas dulces el Parnaso:
Las que en *el lamentar de dos pastores*
Vertió sin duelo el tierno *Garcilaso*.

Y ya que el golpe irreparable llores,
Corra al són de la cítara tu llanto;
Que del que viertas tú nacerán flores.

Ven, y hallarás el bálsamo que un tanto
Alivie tu mortal melancolía,
En la antigua amistad, y en el encanto
De la consoladora poesía.

DON MANUEL DE CABANYES

LA INDEPENDENCIA DE LA POESÍA

Eu nunca consentí que á minha lyra
Fosse lyra de côrtes:
A verdade, á so unica verdade
Soube inspirarme ó canto.

FRANC. MANOEL

Como una casta ruborosa virgen
Se alza mi Musa, y tímida las cuerdas
Pulsando de su harpa solitaria,
Suelta la voz del canto.
Lejos ¡profanas gentes! No su acento
Del placer muelle corruptor del alma
En ritmo cadencioso hará suave
La funesta ponzoña.
Lejos ¡esclavos! lejos: no sus gracias
Cual vuestro honor traficarse y se venden:
No sangri-salpicados techos de oro
Resonarán sus versos.
En pobre independencia, ni las iras
De los verdugos del pensar la espantan
De sierva á fuer; ni, meretriz impura,
Vil metal la corrompe.

Fiera como los montes de su patria,
Galas desecha que maldad cobijan:
Las cumbres vaga en desnudez honesta;
Mas ¡guay de quien la ultraje!
Sobre sus cantos la expresión del alma
Vuela sin arte: números sonoros
Desdeña y rima acorde; son sus versos
Cual su espíritu libres.
Duros son; mas son fuertes, son hidalgos
Cual la espada del bueno: y nunca, nunca
Tu noble faz con el rubor de oprobio
Cubrirán, madre España,
Cual del cisne de Ofanto los cantares
A la Reina del mundo avergonzaron,
De su opresor con el infame elogio
Sus cuitas acreciendo.
¡Hijo cruel! ¡Cantor ingrato! El cielo
Le dió una lira mágica y el arte
De arrebatarse á su placer las almas
Y arder los corazones;
Le dió á los héroes celebrar mortales
Y á las deidades del Olimpo... El eco
Del Capitolio altivo aun los nombres,
Que él despertó, tornaba
Del rompedor de pactos inhonestos
Régulo, de Camilo, del gran Paulo
De su alma heroica pródigo, y la muerte
De Catón generosa.
Mas cuando en el silencio de la noche
Sobre leñbianas cuerdas ensayaba,
En nuevo són, del triúmviro inhumano
La envilecida loa;

Se oyó, se oyó (me lo revela el Genio)
Tremenda voz de sombra invindicada
Que «Maldito, gritó, maldito seas,
»¡Desertor de Filipos!
»Tan blando acento y á la par tan torpe
»Tuyo había de ser, que el noble hierro
»De la patria en sus últimos instantes
»Lanzando feamente,
»¡Deshonor! á tus pies, hijo de esclavo,
»Confiaste la salud: ¡maldito seas!»
Y la terrible maldición las ondas
Del Tiber murmuraban.

Á CINTIO

*Non enim sciunt quid faciunt.
S. Luc. cap. 23, v. 34*

Ay! De mi triste juventud, ó Cintio,
Cual se arrastran inútiles los días
Y sin placer! Un tiempo, de la gloria
La brillante fantasma su amargura
Con esperanzas halagó mentidas:
Tal centella fugaz, artificiosa,
Lanzada entre las sombras de la noche,
Al inocente rapazuelo alegre
Y sus lágrimas calma mientras brilla:
Muere, y el lloro torna. Con su magia
Poderosa, invencible, la Hermosura
Colmó también mi corazón un tiempo
De aquel sumo gozar por quien los Dioses
El bienhadado Olimpo abandonaban

Y humanos seres á adorar venían.
Mas ¡ay de mí! la apetecida gloria
Burla mi afán, y el cáliz del deleite,
Creyéraslo? comienza á serme amargo.
¿De qué, Cintio, sirvió que esa existencia
Del hondo caos la quietud dejase?
¿Y á qué mi puro espíritu sucias carnes
Vestir, y por veredas retorcidas
De bandidos sembradas y de monstruos
Buscar la patria y primitivo origen?
Amapola de vida momentánea
La frente saca de la tierra un punto;
Viene el arado del gañán, la troncha,
Y deja de existir. Gota lanzada
Del matinal rocío en la corriente
Del Orinoco, á las inmensas ondas
De qué sirve? Arrastrada á la par dellas,
Irá á morir sin pro y desconocida.
Breves y oscuros de la tierra al seno
Así mis días correrán llevados:
Sobre mi huesa la espinosa zarza
Como antes crecerá, y el viajero
Proseguirá sin percibir mis huellas:
No más profunda estampa del nocturno
Favonio, que pasó en callado vuelo,
Repara en su verjel la zagaleja.
Pero, ¿qué importa? ¿Y piensas tú que envidia
La suerte yo de aquellos que ufano
Para divinizar el propio fango
El mortal á los cielos encarama?
¡Oh Cintio! en su memoria embebecida,
No hace nada, la mente, sus ruidosas

Acciones recordaba, y yo el hinojo
Iba casi á doblar para adorarlos;
Cuando «¡Detente!» en cariñoso acento
Mi Genio me gritó: «detén y escucha.
»Irremediable enfermo, trabajado
»De antiguos males es el mundo, y busca
»Medicamento en vano á sus dolencias.
»De su dolor en el angosto lecho,
»Manando podre y la razón furiosa,
»Se agita, se carcome, se consume
»Revolcándose: ya en blasfemia impía
»Con labio inmundo al Eternal insulta;
»Ya humilde, arrepentido, prosternado
»Demanda su piedad: ora á la fuerza
»Se abandona del mal sin esperanzas,
»Ora la ciencia de mentidos sabios
»Invoca... ¡Oh sin ventura! á luengo agudo
»Padecer condenado, del momento
»Que inobediente de su Dios el hombre
»Fué al mandato primero, hasta el instante
»En que á la nada la creación tornando,
»Dirá la voz del Infalible: *Basta.*
»Ve aquí la eterna ley, y contra della,
»De esa estúpida chusma envilecida
»(Que por un pan de oprobio el honor suyo
»Vende y su vida miserable), el vicio,
»La ignorancia y maldad es tan inútil
»Como del Macedonio las victorias,
»Los sueños de Platón, y el celebrado
»Pensamiento de aquél, que á los planetas
»Hizo danzar á guisa de la poma
»Que sus narices aplastó cayendo.»

Dijo, y finió sus últimas razones
Con risa estrepitosa: yo aturdido,
Bien fuese de dolor ó de despecho,
Bien de placer, humedecido el rostro
Con el llanto sentí que derramaba.

DON NICOMEDES PASTOR DÍAZ

MI INSPIRACIÓN

Cuando hice resonar mi voz primera
Fué en una noche tormentosa y fría:
Un peñón de la cántabra ribera
De asiento me servía:
El aquilón silbaba,
La playa y la campiña estaban solas,
Y el Océano rugidor sus olas
A mis pies estrellaba.
No brillaban los astros en el cielo,
Ni en la tierra se oía humano acento:
Estaba obscuro, silencioso el suelo,
Y negro el firmamento.
Sólo en el horizonte
Alguna vez relámpagos lucían,
Y al mugir de los mares respondían
Los pinares del monte.
Fuera ya entonces cuando el pecho mío,
Lanzado allá de la terrestre esfera,
Vió que el mundo era un árido vacío,
El bien una quimera.

Nunca un placer pasaba
Blando ante mí, ni su ilusión mentida,
Y el peso enorme de una inútil vida
Mi espíritu agobiaba.
Quise admirar del mundo la hermosura,
Y hallé doquiera el mal. De amor ardía,
Y nunca á mi benévola ternura
Otro pecho se unía.
Solo y desconsolado,
Cantar quise á la tierra mi abandono,
Mas ¿dó tienen los hombres voz ni tono
Para un desventurado?...
Al destino acusé, y acusé al cielo
Porque este corazón dado me habían;
Y de mi queja, y de mi triste anhelo
Los cielos se reían.
¿Dó acudir?... ¡Ay!... Demente
Visitaba las rocas y las olas
Por gozarme en su horror, llorar á solas
Y gemir libremente.
Un momento á mi lánguido gemido
Otro gemido respondió lejano,
Que sonó por las rocas cual graznido
De acuático milano.
De repente se tiende
Mi vista por la playa procelosa,
Y de repente una visión pasmosa
Mis sentidos sorprende.
Alzarse miro entre la niebla oscura
Blanco un fantasma, una deidad radiante,
Que mueve á mí su colosal figura
Con pasos de gigante.

Reluce su cabeza
Como la luna en nebuloso cielo:
Es blanco su ropaje, y negro velo
Oculto su belleza.
Que es bella, sí; de cuando en cuando el viento
Alza fugaz los móviles crespones,
Y aparecen un rápido momento
Celestiales facciones.
Pero nube de espanto
Tiñó de palidez sus formas bellas,
Y sus ojos, luciendo como estrellas,
Muestran reciente el llanto.
Cual manga de agua que aquilón levanta
En los mares del sur, así camina,
Y sin hollar el suelo con su planta
A mi escollo se inclina.
Llega, calladamente
En sus brazos me cñe, y yo temblando
Recibí con horror ósculo blando
Con que selló mi frente.
El calor de su seno palpitante
Tornóme en breve de mi pasmo helado:
Creí estar en los brazos de una amante,
Y... «¿quién, clamé arrobado,
Quién eres que mi vida
Intentas reanimar, fúnebre objeto?
¿Calmarás tú mi corazón inquieto?
¿Eres tú mi querida?»
«¿Ó bien descendes del eliseo coro
Sola, y envuelta en el nocturno manto,
Á ser la compañera de mi lloro,
La musa de mi canto?

Habla, visión obscura;
Dame otro beso ó muéstrame tu lira:
De amor ó de esto el corazón inspira
Á un mortal sin ventura.»
«No, me responde con acento escaso,
Cual si exhalara su postrer gemido;
Nunca, nunca los ecos del parnaso
Mi voz han repetido.
No tengo nombre alguno,
Y habito entre las rocas cenicientas,
Presidiendo al horror y á las tormentas
Que en los mares reuno.»
«Mi voz solo acompaña los acentos
Con que el alcion en su viudez suspira,
Ó los gritos y lánguidos lamentos
Del náufrago que espira.
Y si una noche hermosa
Las playas dejo y su pavor sombrío,
Solo la orilla del cercano río
Paseo silenciosa.»
«Entro al verjel, so cuya sombra espesa
Va un amante á gemir por la que adora:
Voy á la tumba que una madre besa,
Ó do un amigo llora.
Pero es vano mi anhelo;
Sé trocar en ternezas mis terrores,
Sé acompañar el llanto y los dolores,
Mas nunca los consuelo.»
«Ni á tí, infeliz: el dedo del destino
Trazó tu obscura y áspera carrera.
Yo he leído en su libro diamantino
La suerte que te espera.

Á vano, eterno llanto
Te condenó, y á fúnebres pasiones,
Dejándoos solo los funestos dones
De mi amor y mi canto.»
«De ébano y concha ese laud te entrego
Que en las playas de Albión hallé caído;
No empero de él recobrará su fuego
Tu espíritu abatido.
El rigor de la suerte
Cantarás solo, inútiles ternuras,
La soledad, la noche, y las dulzuras
De apetejada muerte.»
«Tu ardor no será nunca satisfecho,
Y solo alguna noche en mi regazo
Estrechará tu desmayado pecho
Iluso, aéreo abrazo.
¡Infeliz si quisieras
Realizar mis fantásticos favores!
Pero ¡más infeliz si otros amores
En ese mundo esperas!»
Diciendo así, su inanimado beso
Tornó á imprimir sobre mi labio ardiente.
Quise gustar su fúnebre embeleso,
Pero huyó de repente.
Voló: de mi presencia
Despareció cual ráfaga de viento,
Dejándome su lúgubre instrumento
Y mi fatal sentencia.
¡Ay! se cumplió: que desde aquel instante,
Mi cáliz amargar plugo á los cielos,
Y en vano á veces mi nocturna amante
Volvió á darme consuelos.

Mis votos más queridos
Fueron siempre tiranas privaciones,
Mis afectos desgracias ó ilusiones,
Y mis cantos gemidos.
En vano algunos días la fortuna
Ondeó sobre mi faz gayos colores:
En vano bella se meció mi cuna
En un Edén de flores;
En vano la belleza
Y la amistad sus dichas me brindaron:
Rápidas sombras, ¡ay! que recargaron
¡Mi sepulcral tristeza!...
Escrito está que este interior veneno
Roa el placer que devoré sediento.
Canta, pues, los combates de mi seno,
Infernal instrumento.
Destierra la alegría
Que nunca pudo á su región moverte,
Y exhala ya tus cánticos de muerte
Sin tono ni armonía.
Y tú, amor, si tal vez te me presentas,
No pintaré tu imagen adorada;
Describiré el horror de las tormentas
Y mi visión amada.
En mi negro despecho
Rocas serán mis campos de delicias,
Lánguidas agonías mis caricias,
Y una tumba mi lecho.

Á LA LUNA

Desde el primer latido de mi pecho,
Condenado al amor y á la tristeza,
Ni un eco en mi gemir, ni á la belleza
Un suspiro alcancé.

Halló por fin mi fúnebre despecho
Inmenso objeto á mi ilusión amante,
Y de la luna el célico semblante
Y el triste mar amé.

El mar quedóse allá por su ribera,
Sus olas no treparon las montañas;
Nunca llega á estas márgenes extrañas
Su solemne mugir.

Tú empero que mi amor sigues doquiera,
Cándida luna, en tu amoroso vuelo,
Tú eres la misma que miré en el cielo
De mi patria lucir.

Tú sola mi beldad, sola mi amante,
Única antorcha que mis pasos guía,
Tú sola enciendes en un alma fría
Una sombra de amor.

Solo el blando lucir de tu semblante
Mis ya cansados párpados resisten;
Solo tus formas inconstantes visten
Bello, grato color,

Ora cubra cargada, rubicunda
Nube de fuego tu ardorosa frente,
Ora cándida, pura, refulgente
Deslumbre tu brillar.

Ora sumida en palidez profunda
Te mire el cielo desmayada y yerta,
Como el semblante de una virgen muerta
¡Ah!... que yo ví espirar.

La he visto ¡ay Dios!... Al sueño en que
Yo le cerré los anublados ojos; [reposa
Yo tendí sus angélicos despojos
Sobre el negro ataúd.

Yo solo oré sobre la yerta losa
Donde no corre ya lágrima alguna...
Báñala al menos tú, pálida luna,
Báñala con tu luz.

Tú lo harás, que á los tristes acompañas,
Y al pensador y al infeliz visitas;
Con la inocencia ó con la muerte habitas:
El mundo huye de tí.

Antorcha de alegría en las cabañas,
Lámpara solitaria en las ruinas,
El salón del magnate no iluminas,
Pero su tumba sí...

Cargado á veces de aplomadas nubes
Amaga el cielo con tormenta obscura,
Mas ríe al horizonte tu hermosura,
Y huyó la tempestad.

Y allá del trono do esplendente subes
Riges el curso al férvido Océano,
Cual pecho amante que al mirar lejano
Hierva, de su beldad.

Mas ¡ay! que en vano en tu esplendor encantas:
Ese hechizo falaz no es de alegría,
Y huyen tu luz y triste compañía
Los astros con temor.

Sola por el vacío te adelantas,
Y en vano en derredor tus rayos tiendes,
Que solo al mundo en tu dolor descendes
Cual sube á tí mi amor.

Y en esta tierra de aflicción guarida,
¿Quién goza en tu fulgor blandos placeres?
Del nocturno reposo de los seres
No turbas la quietud.

No cantarán las aves tu venida,
Ni abrén su cáliz las dormidas flores:
Solo un ser de desvelos y dolores
Ama tu yerta luz...

Sí, tu mi amor, mi admiración, mi encanto;
La noche anhelo por vivir contigo,
Y hacia el ocaso lentamente sigo
Tu curso al fin veloz.

Párase á veces á escuchar mi llanto,
Y descende en tus rayos amoroso
Un espíritu vago, misterioso,
Que responde á mi voz...

¡Ay! Calló ya... Mi celestial querida
Sufrió también mi inexorable suerte...
Era un sueño de amor... Desvanecerte
Pudo una realidad.

Es cieno ya la esqueletada vida;
No hay ilusión, ni encantos, ni hermosura;
La muerte reina ya sobre natura,
Y la llaman... *verdad*.

¡Qué feliz, qué encantado, si ignorante
El hombre de otros tiempos viviría,
Cuando en el mundo, de los dioses vía
Doquiera la mansión!

Cada eco fuera un suspirar amante,
Una inmortal belleza cada fuente;
Cada pastor ¡oh luna! en sueño ardiente
Ser pudo un Endimión.

Ora trocada en un *planeta obscuro*,
Girando en los abismos del vacío,
Do fuerza oculta y ciega en su extravío
Cual piedra te arrojó.

Es luz de ajena luz tu brillo puro,
Es ilusión tu mágica influencia,
Y mi celeste amor ciega demencia,
¡Ay!... que se disipó.

Astro de paz, belleza de consuelo,
Antorcha celestial de los amores,
Lámpara sepulcral de los dolores,
Tierna y casta deidad,

¿Qué eres de hoy más sobre ese helado cielo?
Un peñasco que rueda en el olvido,
O el cadáver de un sol que endurecido,
Yace en la eternidad...